

Anticipo á usted mi agradecimiento por lo que se sirva hacer en este asunto en que tiene particular interés, como Patrono del Colegio, el Excmo. Sr. Presidente de la República, y con sentimientos de consideración me repito de usted atento amigo y seguro servidor,

(Firmado), J. M. RIVAS GROOT

*República de Colombia—Ministerio de Instrucción Pública.  
Número 140—Sección 1.<sup>a</sup>—Bogotá, 13 de Febrero de  
1908*

Sr. Ministro de Relaciones Exteriores—E. S. D.

Tengo el honor de dirigirme á usted con el objeto de suplicarle que se sirva ordenar que se remita al Sr. Cónsul de Colombia en Barcelona la nota adjunta que contiene dos letras de cambio por valor de \$ 644-05 oro americano y 1,650 francos. Desea el Gobierno ayudar al Sr. Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en lo relativo á un monumento en honor del ilustre Arzobispo D. Fray Cristóbal de Torres. Como el Consulado en Barcelona depende de ese Ministerio, creo conveniente remitir por conducto de ese Despacho las comunicaciones relativas al asunto á que me refiero.

Soy de usted atento y seguro servidor,

J. M. RIVAS GROOT

## LA REAPERTURA DE ESTUDIOS

[Conferencia de Monseñor Baunard, Rector de la Universidad de Lilla, á los alumnos del Colegio de San José]

Hijos míos:

¡*Laudetur Jesus Christus!* Este es el saludo ordinario de vuestra Flandes católica; el saludo de bienvenida que yo os doy: Alabado sea Nuestro Señor Jesucristo, porque os vuelve á traer á nosotros: ¡Hace tanto tiempo que deseaba volver á veros!

Alabado, porque de nuevo os conduce aquí á todos: esta vez á lo menos, el ángel de la muerte no ha causado bajas en vuestras filas; porque os vuelve á traer en tan gran número. No temáis, hay lugar para todos; lugar para todos en nuestros corazones; lugar para todos en el espacio cercado por los muros del colegio, que gustosos ensancharíamos, si necesario fuera. Alabado, porque os vuelve á traer buenos. Pronto nos lo dejaréis leer así en vuestras conciencias, como lo leo ya, hijos míos, en vuestros ojos. Que si había entre vosotros algunos menos buenos, ó no se hallen ya á vuestro lado, ó estén convertidos!

Hé aquí, respondiendo en su totalidad á nuestro llamamiento, á nuestro joven y querido ejército, valiente, ardoroso y esforzado, y que ha salido de sus diversos cuarteles para agruparse puntualmente, fiel á la hora de la cita, en el campo de batalla.

¡Séd todos bien venidos! Séd bien venidos, en primer lugar, vosotros, los que habéis sido discípulos nuestros, y por los cuales no he cesado de rogar un solo día. Acordaos, hijos míos, de que, cuando nos separábamos el pasado curso, al canto del *Te Deum*, comentaba yo particularmente este versículo: ¡*Dignare, Domine, die isto sine peccato nos custodire!* ¡Cuántas veces he repetido esta oración por vosotros! Hacía como el santo Job, que todas las mañanas ofrecía sacrificios al Señor, para que no ofendiera á Dios la familia separada de él. Y tengo motivos para creer que ha sido escuchada y atendida mi oración; nadie me ha anunciado que el alma de uno solo de mis hijos haya perecido lejos de mí: si hubiera sucedido así, hubiera sido yo más desgraciado que el mismo Job.

Séd también bienvenidos, vosotros los que este año llegáis aquí por vez primera. Tenía prisa por ver vuestra cara, como escribía San Pablo á sus discípulos queridos; porque desde el día en que fuisteis inscritos en nuestros registros, os llevo en mi corazón. De vosotros nos ha dicho el Señor: “Dejad á los niños que vengan á mí.” Los hay, en efecto, tan jóvenes entre vosotros! Son los corderitos

que se apartan de su madre por vez primera; pero el divino Pastor nos ha dado el encargo de apacentar sus rebaños. Venid, hijos míos: venir á nosotros es ir á EL.

Es necesario que sepáis que Dios lo es todo aquí. Si nosotros somos una *escuela*, es la escuela de Dios; si formamos una *familia*, es la familia de Dios; si constituímos un *santuario*, es el santuario de Dios. Quiero grabar muy bien en vuestras almas estas tres afirmaciones.

## I

Somos la *Escuela de Dios*, y os confieso, hijos míos, que esta denominación dada á nuestro colegio me agrada particularmente, en un siglo y en un país que han acometido la empresa insensata y quimérica de ensayar la Escuela sin Dios. Es nuestro verdadero nombre; y si hubiese yo de colocar en el frontispicio de este Establecimiento una inscripción, no grabaría otra que ésta: ESCUELA DE DIOS.

Esta es la Escuela de Dios, porque, desde luego, el señor principal aquí es Dios, el superior es Dios, el profesor es Dios, el celador es Dios. Sabios, artistas y escritores hay en el mundo que se envanecen de ser discípulos de un gran maestro: llegan hasta añadir este título á su firma. Y, en verdad, algo es ser discípulos de un Newton, de un Fenelón, de un Miguel Angel, de un Delaroché, de un Cherubini, de un Flandrin, de un Dupuytren, de un Dumas, de un Pasteur. Podéis estar vosotros todavía más orgullosos, porque sois los discípulos, los alumnos, los escolares de Dios. ¡Cuánto os felicito por esto!... ¡Y con qué acento de reconocida fidelidad debéis repetir las palabras de Pedro al gran Maestro! “¿Y á quién sino á Vos iríamos nosotros? ¡Oh Señor! Vos tenéis palabras de vida eterna.”

Esta Escuela es, también, la Escuela de Dios; porque en ella se enseña principal y eminentemente la doctrina de Dios... ¡Ah! Es cierto, no dejaremos de enseñaros aquí todo lo que se enseña en otra parte: las leyes de las lenguas, las leyes de las letras, las de la historia, las de la

naturaleza, hasta llegar, más tarde, á las leyes del pensamiento. Esta es la ciencia de los hombres, que por cierto estimamos en mucho, y no tenemos, que yo sepa, por qué temer á nuestros rivales en este campo de batalla: los resultados que obtenemos cada año os lo dicen bastante.... Pero ¿es esto todo el hombre? ¿Es esta toda la ciencia?... ¿Y por encima del hombre y de su ciencia no hay nada? ¡Oh, pobre inteligencia, si no tuviera otro alimento más elevado, más selecto, que ese pasto terrestre, por más distinguido que se le suponga! ¡Oh, qué educación tan baja la del hombre de la naturaleza, educación de subsuelo, oscura, fría, estrecha, sin aire, sin horizontes, sin vista hacia lo infinito, sin abertura hacia el cielo! Otra es nuestra Escuela, gracias á Dios. Nuestra Escuela no es una caverna; es un templo, un templo emplazado en lugares altos, entre la tierra y el cielo. Esto supuesto, ved cómo cambia todo; desde este punto de vista todo es diferente: otro horizonte se extiende á nuestros ojos. Es otro mundo, el mundo de la fe, más grande que el mundo de la ciencia, lo invisible, más grande que lo visible. Es otra luz, otra sabiduría, otro presente y otro porvenir que nos es revelado, y en que aparece por doquiera la eternidad. Tal es, hijos míos, el programa de la ciencia total, completa. Así pues, ésta es de Dios, y sus enseñanzas se dan exclusivamente en la Escuela de Dios.

## II

En segundo lugar, seréis aquí de la *familia de Dios*. Acabo de hablaros de la vida de la inteligencia; voy á hablaros ahora de la vida del corazón. En todas las edades, hijos míos, se vive mucho del corazón; pero en vuestra edad sobre todo... Y ¿qué hay para vuestro corazón en esta casa que se ha abierto á vosotros? ¿Quién os amará, y á quién vais á amar en ella?

Acabáis de dejar una familia á quien amáis con ternura. Y no soy yo ciertamente quien debe recordaros las dulzuras de ese cariño, después de los dos meses que habéis pasado en ese comercio de afecciones donde habéis

recibido más que dado. Consolaos, hijos míos, porque aun después de vuestro ingreso en el colegio no se perderá para vosotros aquella intimidad doméstica. Una de las mejores condiciones del externado es la de que no salís de vuestra casa por la mañana más que para gozar de mayor placer al volver á ella por la tarde. ¡Qué afortunados sois al poder sumergiros todos los días en ese baño inagotable de felicidad y de ternura! Yo sé de alguien á quien faltó esto durante todo el tiempo de su infancia y de su adolescencia, y jamás ha podido consolarse de aquella falta.

Pero, dejadme añadir en seguida, hijos míos, que aquí os espera otra familia. Nos llamáis "Padres"; lo somos, y queremos serlo más cada día para vosotros. Los maestros que aquí veis, que os cubren con su presencia, que os defienden con sus oraciones, estaban hace tres días en los ejercicios del retiro espiritual. Y ¿sabéis qué meditaban? El Evangelio; y en el Evangelio, el ejemplo del Buen Pastor que da la vida por sus ovejas. ¿Sabéis qué prometían? Consagrarse hasta el sacrificio á los que les diera Dios por hijos: *Impendam ipse, et superimpendar pro animabus vestris*. Hélos aquí prestos á la obra; hélos aquí á vuestro servicio, en la clase, en el estudio, en el recreo, en todas partes. Y lo único que os piden como pago de su abnegación de padres, es confianza de hijos; porque, si tenéis confianza, respondemos de vosotros. Dejaos conducir, dejaos llevar. Las manos que os guían no os dejarán caer; son manos sacerdotales, ungidas con la fuerza de Dios; son manos que en la mañana han llevado el Cuerpo del Señor; sin duda podrán llevar mejor un débil cuerpo como el vuestro!

Pero no seríamos para vosotros familia perfecta, si junto á vuestros padres no os presentáramos á vuestros hermanos. Encontraréis aquí tantos como condiscípulos. Nada temáis, hijos míos; cualquiera que sea su condición, los hemos elegido dignos de Dios, y dignos de vosotros. Ya se han dicho á sí mismos los antiguos que la caridad les obliga á iniciar á los nuevos en las reglas de la casa; y

sabemos que todas las Congregaciones han de rivalizar en agasajaros. Tenemos, pues, la felicidad de no conocer las vejaciones innobles que en otras escuelas se hace sufrir á los novicios, y de que ya se quejaban San Basilio y San Gregorio de Nacianzo en las escuelas de Atenas. Por ser de origen ático y helénico, estas verdaderas brutalidades no dejan de constituir una vuelta á los tiempos bárbaros. Somos más atenienses que los de Atenas. Cuando os prescribimos la buena acogida y el buen servicio, tanto como el buen ejemplo, creemos entender mejor que aquéllos la verdadera civilización, y, en todo caso, estamos seguros de comprender mejor el respeto y vuestra felicidad. Por algo nos advirtió el salmista que en esta felicidad entra por mucho la unión de los hermanos: *Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum!*

### III

Os he dicho que, en tercer lugar, somos aquí el santuario de Dios. Veámoslo. Desde luego, al llegar á este colegio, lo primero que veis es la cruz de Dios que domina la fachada. Entrad: las santas imágenes aparecen por todas partes. Seguid avanzando, subid hasta allá: aquel es el lugar de la presencia de Dios, de su presencia real. Ya estáis en su palacio; heos en la sala del trono; y ese altar es el sitio de su perpetua audiencia, de día y de noche. Ahora es cuando podéis decir, como Pablo en el Areópago, que estáis como sumergidos en la divinidad: *In ipso vivimus, movemur et sumus*. Y si Bossuet ha podido decir de una reina de Inglaterra y de una hija de Francia: "De cualquier lado que me vuelva, la encuentro rodeada de alianzas reales"; yo me atrevo á decir de vosotros: De cualquier lado que os mire, os encuentro rodeados de alianzas divinas.

Acordaos, para respetar el santuario de su presencia entre vosotros, de que no se peca en el cielo; y vuestra vida entera cantará el *Sanctus*, como lo cantan los espiri-

tus puros ante el trono de Dios. La vida que aquí haréis será, pues, la vida del cielo. Queremos que este santuario sea el vestíbulo; que nos lo represente en imagen, y que Nuestro Señor Jesucristo se complazca en vuestra sociedad, como se complace allá arriba en la sociedad de sus santos.

En consecuencia, la piedad ha de constituir aquí el fondo de nuestra vida. Si no nos llevan mucho tiempo los ejercicios de piedad, el espíritu de piedad, á lo menos, tendrá aquí el lugar principal, todo el lugar, un lugar soberano en nuestras almas. Es preciso que los padres que os han traído aquí, y que yo veo en vuestro derredor en tan gran número, sepan á qué atenerse, antes de dejaros definitivamente entre nosotros. Es preciso también que vosotros mismos no os engañéis; y si—Dios no lo permita—hay uno solo entre vosotros que no quiere amar, que no quiere servir á Nuestro Señor Jesucristo, que se retire, que se marche; es tiempo todavía; que se separe de los otros. San Pablo lo ha dicho: *Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum, sit anathema!*

Esto es lo que á vosotros toca. En cuanto á nosotros, ¿qué es lo que de todo lo dicho se desprende? Que nuestra obra no es solamente obra de instrucción y de educación, sino, sobre todo, obra de santificación. Nuestro deseo es hacer de vosotros hombres y sabios; pero antes de todo, por encima de todo, queremos hacer santos, y con este objeto hemos de trabajar. Jesucristo dijo un día que á los niños pertenecía el reino de los cielos; pero esta corona que ha hecho ver EL sobre vuestras cabezas, es preciso conquistarla. Hé aquí la gran obra, que, si es vuestra, lo es también nuestra, porque es la gran obra de Dios, de la gracia de Dios, y nosotros somos aquí sus ministros y vuestros auxiliares. Si os combaten, no importa, os daremos armas para luchar y vencer en la lucha; si sois débiles, os defenderemos; si os hieren, sabremos curaros; puede ser que caigáis; nosotros os levantaremos; y si os extraviaseis, os volveremos al camino que será el camino

de vuestra salvación. Así pues, no os educamos sólo para esta corta y pobre vida, sino para otra vida, que es la única que merece este nombre. Escuela de príncipes es esta que hoy comienza sus tareas. Carlomagno instituyó la Escuela palatina para aquellos que debían ser un día oficiales de sus ejércitos, altos dignatarios, duques, condes ó pares. De la misma manera, nuestro Emperador Jesús prepara en nuestra escuela príncipes para su ejército de aquí abajo y para su corte de allá arriba. ¡Nobles vosotros entre los nobles, estáis destinados á vivir y á reinar con el Rey de los reyes!

¿Quién no lo ve? ¿Quién no lo siente así? Nuestra empresa requiere una labor más grande que la que podríamos cumplir con nuestras fuerzas exclusivamente; y en cuanto á mí, os confieso que, lo mismo que mis queridos compañeros, me considero impotente para realizar tan sublime empeño. Podemos amaros, podemos darnos en absoluto á vosotros; pero no poseemos el poder sobrehumano necesario para transformaros, para divinizaros. Cuando os recibimos de manos de vuestros padres, el primer sentimiento que experimentamos es el de una muy justa apreciación de la grandeza de la obra y de la insuficiencia humillante del obrero. Y nos preguntamos con legítimo temor: Si para educar los Príncipes de Francia, que al fin no eran herederos sino de un reino de la tierra, fueron necesarios los Bossuet y los Fenelón, ¿qué hombres no serán necesarios para educar á los príncipes y á los herederos de los cielos?

Nosotros mismos nos hemos respondido que sólo el mismo Dios es capaz de ello, y hé aquí por qué esta mañana hemos llegado hasta Dios á implorar la asistencia de su Espíritu Creador para la grande creación que hoy comienza: *Veni creator Spiritus!* Todo lo que yo acabo de deciros y de pedir os que hagáis, le hemos pedido antes nos lo conceda á nosotros. Os he dicho que debéis vivir la vida del espíritu, que es la luz de la ciencia y la luz de la fe, y acabamos de cantar: *Accende lumen sensibus.* Os he pedido que viváis la vida del corazón, que es el amor de

todo lo que hay de divino en el cielo y en la tierra, y acabáis de cantar: *Infunde amorem cordibus*. Os he aconsejado que viváis la vida del carácter, que es la victoria sobre nuestra nativa debilidad, y la perseverancia en la fuerza moral, y cantáis sin descanso: *Infirma nostri corporis virtute firmans perpeti!*

Y ahora, hermanos míos, ahora, mis queridos hijos, acabad el himno sagrado; y, en vista de las amenazas de los tiempos, continuad vuestras plegarias, y decid con la Iglesia: «Espíritu Santo, Espíritu de Dios, alejad de nosotros al enemigo que es también el vuestro, al enemigo de nuestra salvación, al enemigo de vuestra gloria, al de vuestra Iglesia y de nuestro colegio: *Hostem repellas longius!* Ved que está bien armado, y que codicia nuestras almas como la mejor de las presas. ¡Hora es, Señor, de mostrar á todos que sois llamado justamente la fuerza del Altísimo!»

“Dadnos la paz, y dadnosla pronto: *Pacemque dones protinus.*” Os la pedimos sólo para hacer el bien; para prepararos en esta tierna familia, una familia de santos, que sea la honra del país y de la Iglesia de este siglo. Pero para esto séd nuestro guía: *Ductore sic te prævio*; y marchad delante de nosotros, ¡oh Conductor divino! á fin de que nunca una caída, nunca un accidente, jamás un pecado contristen el corazón sagrado de Jesucristo, mancillando el año escolar, cuya aurora saludamos: *Vitemus omne noxium!*

Cuando los marinos, los pescadores de las costas de Boloña, dejan la ría para introducirse en alta mar, se descubren, levantan los ojos hacia la cúpula de la iglesia de Nuestra Señora, saludan al calvario de la duna, hacen la señal de la cruz, y dan al viento la vela de sus barquillas. También nosotros, hijos míos, comenzamos hoy un viaje, un viaje de diez meses que puede tener sus peligros: levantad los ojos hacia la Virgen María; saludad la cruz del Redentor, armaos con este signo, y pedid al Espíritu Santo que hinche vuestra vela con su divino soplo.

¡Y ahora, hijos míos, en marcha! ¡Y que sea Dios con nosotros!